

Travesía entre el amor y la muerte

Crónicas de una pandemia

Alberto Palacios Boix



Índice

Prólogo	11
Retrato hablado	13
Cuarentena	17
A punto de la semana trece	21
En caída libre	25
Para darle la cara al virus	29
Un tiempo recuperado	33
Prefiero no ver, no oír	37
Derrumbe	41
Oleada tras oleada	47
¿A poco?	51
Tres meses y la peste no cede	55
Las calles desiertas	59
Aisiyú	63
Para este encierro	67
El odio es una plaga que se expande	73
Desastre	79
Covid-19. Día ciento cincuenta y uno	85
Sueño con fantasmas	89
Covid y el alma humana	93
Amores errantes	99
Of mice and men	103
Una supuesta normalidad	107
Una fábula contemporánea	113
Malsana instancia	119
Saltar desde una habitación en llamas	123
Tiempos modernos	127

Lo contrario de amor	131
El infierno está vacío	137
La nueva infección denominada covid-19	141
Monomanía	145
Amanecer	149
Huellas de arena	153
Juego de abalorios	159
Pulsión de muerte	165
Hacer el bien	169
Soledad, eterna compañera	173
Turba y furor	177
A través del espejo	183
Un cuento de Navidad	189
Por los caminos del sur	193
Posdata. Una melodía	197
Distopía	201
No todos han muerto	205
Viaje a Ítaca	209
Corolario: Algunas lecturas pertinentes	215

Retrato hablado

Es domingo y la vida está en suspenso. Los mercados e iglesias no despacharán tampoco en esta ciudad ignota de América Latina. De modo que solo el hambre y los pecados pululan sin rumbo por las calles polvorientas. Aquí no hay sol ni las aves trinan para anunciar la mañana. El clima traduce apenas un cambio de estación y un horizonte sepia, amorfo, que destiñe la luz tibia de otro día que no amanece.

Entre las sábanas roídas, el hombre se despereza con un escalofrío. Su mujer, obesa y enferma, ronca con dificultad a su lado. Él se incorpora a medias y observa su rostro abotagado y de un tinte arenoso que anoche no mostraba. Su respiración es visiblemente más difícil y está sudando. Hace frío en la casucha de láminas corrugadas, así que no se explica el calor que emana del cuerpo jadeante de su concubina. El roce de su frente lo alarma: está ardiendo y parece no volver en sí. De inmediato piensa a dónde o con quién acudir. Es albañil desde su infancia y carece de seguridad social. Es más, cuando su hijo quiso contratarles un seguro popular, lo desaparecieron y todos quedaron nuevamente a la deriva.

En la misma calleja sin asfalto viven una hija embarazada, su marido y dos nietos andrajosos y cargados de moco a permanencia. Él se ha rehusado a visitarlos, siguiendo las recomendaciones del gobierno, pero no duda en este momento que su mujer se haya escapado para llevarles algo de comer o abrazar a los chamacos. ¡Y ahora esto!

Decide por lo pronto limpiarla y cambiarla de ropa, que está empaçada. Con el esfuerzo, la mujer parece reaccionar y abre los ojos con dificultad. Tiene la boca seca y le cuesta trabajo articular palabras.

—¿Te duele algo, vieja? —pregunta Modesto, sujetándole la cara.

Lo que emite la mujer es más parecido a un gruñido que un vocablo, y su esposo desiste de obtener respuestas mientras la desnuda y busca alguna pastilla que pueda estar a la mano en el viejo buró. Encuentra una

caja de aspirinas que debe haber caducado hace varios meses y las disuelve como puede en un vaso de agua fría. Al menos eso debe atenuar la fiebre mientras consigue ayuda.

La recuesta de nuevo, evitando las sábanas y cobijas que desecha en el traspatio. Su respiración es agitada y a todas luces insuficiente, porque los labios parecen amoratarse poco a poco. Incluso se queda sin resuello momentáneamente, lo que hace que Modesto se resista a abandonarla.

Por fin, se faja unos pantalones de trabajo y sale a la calle atropelladamente. Su angustia es tan ostensible que su vecino, don Faustino, viéndolo tropezar frente a su ventana, emerge también, acomodándose un tapabocas de pana que le deja descubierta la nariz y el bigote.

—Quiubo, compadre, ¿a dónde va usted tan carrereado?

—Mi vieja está muy mala, Faustino, yo creo que ya le pegó el corona ese que dicen.

—Ah, pos está de la chingada, porque no hay matasanos especialistas por el rumbo. Con suerte lo ayudo a que traíamos al de la farmacia.

—Pos ándele, no la quiero dejar solita mucho rato.

Con esa admonición, emprenden ambos el camino cuesta arriba, entre lodazales y perros famélicos, para acudir a la Farmacia del Ahorro, que se ha convertido en la clínica local en medio de tanta pobreza.

El médico es un muchacho imberbe que se asusta solo de verlos, ansiosos y faltos de aliento. Con mucha reticencia, decide acompañarlos por un precio. Se antepone una careta de plástico, se cambia la bata y sale con un maletín bastante descuidado hacia la casa de la enferma, guardando una distancia de dos metros con los familiares.

Federico se graduó sin mucho revuelo de una universidad autónoma en provincia. Nunca fue un estudiante brillante y su desempeño en el internado en Puerto Progreso, donde lo atrajo la vida marítima más que la ciencia, pasó de noche, como suelen decir sus compañeros. Presentó dos veces el examen de residencia (quería ser cardiólogo, o lo que pudiera conseguir a falta de plazas) pero fracasó y, ante la oportunidad de trabajar un poco para independizarse, optó por un puesto de galeno de farmacia.

Lo hizo en secreto para no defraudar a su familia, con la convicción de estudiar con más ahínco y aspirar a una maestría en su facultad de origen o un puesto de ayudante en cualquier hospital municipal. Entretanto, vería la manera de ganar unos cuantos pesos por la tangente, atendiendo consultas a domicilio, alguno que otro parto y, ¿por qué no?, el ocasional aborto clandestino.

A punto de la semana trece

Todo indica que la pandemia del nuevo coronavirus (covid-19), declarada como tal por la Organización Mundial de la Salud esta semana, amenaza con invadir América Latina en proporciones similares a otros países afectados y de manera exponencial. México tiene condiciones que favorecen su diseminación. A saber, pobreza extrema, hacinamiento en ciudades contaminadas y una incidencia de tabaquismo aún muy elevada en la población adulta y joven.

Si bien existe la sospecha (aún por confirmarse) de que este virus es menos letal en climas cálidos, la prevalencia de mortalidad que oscila entre 3 y 5 por ciento —tomando en cuenta las condiciones de su detección—, lo hacen diez veces más mortífero que la influenza estacional. Así, nada más de entrada, es un bicho al que le debemos temer y guardar distancia.

En ausencia de vacunas y dado que ningún medicamento antiviral ha probado eficacia contundente, nuestra tarea se limita a prevenir y a intensificar las medidas de higiene personal y ambiental. Por lo pronto, solo tenemos noticias aisladas de que el antimalárico hidroxiclороquina (Plaquenil), el antiviral Remdesivir y el antiartrítico inhibidor de IL-6R Sarilumab (Kevzara) potencialmente podrían controlar la gravedad de la infección, pero ninguno de estos fármacos se ha empleado en ensayos bien conducidos para garantizar su empleo generalizado.

Los cierres de escuelas, cancelaciones de eventos deportivos y aislamiento de comunidades han probado ser útiles para reducir la propagación rápida del coronavirus, pero no lo detienen por completo. Acaso la experiencia de Singapur y Taiwán, que implementaron una desinfección muy acuciosa de cuartos de hospital y lugares públicos, ha sido lo más efectivo hasta este momento; pero en un mundo globalizado, donde se cruzan continentes todos los días, la apuesta de detener esta pandemia con cierres de fronteras es ilusoria.

Más aún, la experiencia reciente ha demostrado que mientras más se prueba a los contactos y personas con síntomas respiratorios, aumenta exponencialmente la positividad hacia covid-19; lo que indica que muchísimas personas son portadores asintomáticos o están en fase prodrómica antes de desarrollar síntomas y que, en efecto, estamos subdiagnosticando los casos. Al momento de escribir esto, estoy cierto de que esa es la situación de nuestro país, porque los viajeros de Oriente y Europa siguen llegando a nuestros aeropuertos y no hemos impuesto medidas de triaje suficientes para detener y aislar a los posibles infectados. En una palabra, la pólvora se está regando.

Nuestro gobierno ha insistido en que no debemos alarmarnos porque se tienen los recursos para enfrentar la epidemia, pero me temo que nuestros servicios de urgencias y de terapia intensiva son limitados y, sobre todo, que aún no hemos visto el clímax de la infección. Este debe desatarse a partir de la segunda quincena de marzo y en torno a la Semana Santa, cuando la movilización de aeropuertos, terminales de autobuses y centros turísticos estará en su apogeo.

Desde este momento, y en mi calidad de médico especialista en enfermedades autoinmunes y a cargo de enfermos crónicos durante cuatro décadas, sugiero las siguientes medidas de prevención:

- 1 Si usted desarrolla síntomas respiratorios, quédese en casa. Llame a su médico y vigile su respiración, su temperatura corporal y sus síntomas generales. No acuda a un servicio de urgencias, puede infectar a otros y diseminar la infección.
- 2 Lo ideal es disponer de pruebas diagnósticas para casos de alta sospecha (ante todo viajeros que llegan de Europa con tos, disnea o fiebre) y enfermos inmunosuprimidos que desarrollen síntomas respiratorios. Como es obvio, no todo el mundo puede hacerse la prueba, porque no alcanzaría para detectar a los que verdaderamente tienen covid-19.
- 3 Por ello, el triaje (selección de casos sospechosos) es vital y debe quedar a juicio del personal de salud. Sea por teléfono o en los servicios de urgencia que cada hospital tenga disponibles.
- 4 Algunos hospitales están ya instalando unidades o tiendas de campaña afuera del nosocomio para recibir a los enfermos sospechosos y evitar la contaminación de las áreas grises del hospital.
- 5 Los médicos y enfermeras somos los más expuestos y por ello debemos reservar las batas, cubrebocas y gorros para el personal de

Un tiempo recuperado

La ciudad pernocta y calla, sometida por la plaga. Una lluvia súbita lava el cielo y la tierra de madrugada. El chisporroteo en la ventana la despierta y así, amodorrada, se levanta reconociendo su entorno. De camino al baño, escurre el semen como un hilo terso por su muslo y recuerda el orgasmo con una sonrisa traviesa. Se sienta a orinar y se limpia con cuidado, secando su vulva tumefacta si bien rebotante de placer. Se bañará más tarde, sí; hay algo lúdico en este sentirse preñada sin estarlo.

Al frente del estudio, que yace en una inquietante penumbra, el ceceo refulge en flor y proyecta sus tintes de nata sobre el departamento apenas iluminado. Los muebles desprenden ese brillo que reitera la familiaridad, la pequeña biblioteca que han cultivado juntos, la alfombra donde tantas veladas extendieron su erotismo como una embriaguez, hasta inmolarse; algunas fotos que los replican en otros horizontes y un recuerdo para cada viaje, un amuleto. Presa de un vahído, se gira sobre sí misma y atiende los ecos del silencio. Félix aún duerme, incluso ronca plácidamente. Su felino, su hombre callado y romántico, al que ha recuperado gracias a este encierro.

De nuevo la calle está abandonada y no discurren autos ni motocicletas por enésimo día. El único contacto con el exterior ha sido la compra de víveres de tanto en cuanto, sin excesos, lo estrictamente necesario en estos tiempos de austeridad y refugio.

Absorta, se recoge el cabello con ambas manos —un impulso sensual, automático— y se acerca a la ventana. Las hojas y capullos han vuelto a poblar tímidamente las ramas que cruzan a ambos lados. Dos ardillas nerviosas, jugueteando, olfateando, cortan de pronto su plano de visión a escasa distancia. Más abajo, Nuria, la vecina de malos modos, empecinada en barrer a deshoras, se asoma por el portón de enfrente; se acomoda el tapabocas como un bozal e inspecciona con desconfianza la acera vacía.

Montserrat sonríe otra vez: “Hemos rescatado la intimidad —se dice— fueron meses de locura, de no tocarnos, de esperar besos y caricias que nunca llegaban en la vorágine de una existencia volcada en el desenfreno y la necesidad. Tan es así, que Félix ha vuelto a hablar con entusiasmo de su carrera, incluso de enrolarse en las filas de Médecins sans frontières; una locura, pero al menos reviste vitalidad. Me asustó otrora su introspección, porque más bien parecía un insondable hueco; una oquedad que sorbió la luz de sus ojos y lo condujo invariablemente a hablar de carencias, de soledades y desamparos. Desistió del afecto y su rostro llegó a resultarme inicuo, manchado de amargura”.

Inmersa en su diálogo interno, no advierte la cercanía de su esposo, hasta que este la abraza por la espalda y le planta un beso en el cuello.

—Hola, hermosa, ¿qué haces descifrando el universo?

—Rememoraba ese invierno que visitamos Tallin, ¿te acuerdas? —le miente, para complacerlo.

—Fue un viaje melancólico, Mon. Fue entonces cuando supimos que mi padre había muerto de apoplejía.

—¡Ah! —dice ella, tomada por sorpresa—. En realidad yo pensaba en el mar gris, en ese cielo nublado e inconstante, que nos hizo querernos más, adentrarnos más en nuestro cometido. Yo descubrí mi veta artística caminado por la orilla del Báltico. “Es inevitable: Félix siempre ha tendido a la languidez —piensa, sin provocarlo ni enunciarlo—. Es un rasgo de carácter que me enamoró tanto como me ha desconcertado, pese a estos años de matrimonio. Tal vez podré reubicarlo ahora que estamos el uno para el otro, sin condiciones”.

—¿Vas a preparar café? —le inquiere él, rascándose la barba de tres días—. Te lo tenía guardado, pero compré una mezcla árabe de Kenya el mes pasado que te quiero regalar para una mañana de domingo. *I'm easy, easy like a Sunday morning* —tararea.

—Pero es jueves, tonto. ¿Has perdido el sentido del tiempo?

“Es verdad —reconoce para sí Félix, apartándose de la piel cálida de su mujer—. ¿Qué pasó con el tiempo? Se ha detenido este vendaval que nos arrastraba sin sentido. Me cuesta creerlo todavía. Durante años inventamos necesidades absurdas, requerimientos inmediatos; perdimos la escucha y el habla en ese caudal de egolatría y consumismo”.

La casa se tiñe ahora de una luz tenue, como si la frescura bañara todos los rincones. El aroma del café impregna la estancia y Félix decide leer unos versos de Billy Collins que no había recogido en lustros. Incluso las hojas del poemario se han opacado. Bajo la lámpara de pie, lee

Oleada tras oleada

En el último mes hemos leído y escuchado una serie de noticias de todo género en relación con esta pandemia que nos arrasa. En el ánimo de brindarles información confiable, resumiré algunos puntos.

- 1 El virus llamado Sars-CoV-2 pertenece a una familia de RNA virus que se conocen desde hace décadas. Es pariente cercano (genéticamente hablando) del Sars de 2002 y el MERS de 2012. Menos mortal que sus antecesores, pero más contagioso y, por ello, aún más peligroso. Penetra las células del cuerpo humano mediante su espícula (la proteína S1) que forma parte de su corona a través de receptor ACE-2 que abunda en nuestros tractos respiratorio y digestivo, y muy particularmente en los pulmones, corazón y riñones. Una vez dentro de las células, se replica utilizando la maquinaria molecular disponible y sale a infectar más y más tejidos aprovechando la membrana de las células que infesta.
- 2 Lo habitual es que este, como la mayoría de los coronavirus, causen síntomas gripales de leves a moderados (algo que ocurre en ocho de cada diez personas sintomáticas). Pero un número pequeño (ancianos, enfermos crónicos y quienes reciben un carga viral muy alta por falta de defensas) pueden morir. El mecanismo de gravedad ya se conoce. Consiste en una neumonía rápidamente progresiva que suscita una reacción inflamatoria en cadena —conocida como tormenta de citocinas— que a fuerza de reclutar enzimas y mensajeros daña varios tejidos en todo el cuerpo (endotelio, miocardio, nefronas, microglia y alveolos pulmonares, entre otros) causando la muerte del enfermo en 48 o 72 horas. Buena parte de este daño multiorgánico se deriva de un incremento en la cascada de coagulación que causa trombosis y secuestro de tejidos.

- 3 Las casi 70 000 muertes reportadas hasta hoy, domingo 5 de abril, en todo el mundo, se deben a este escenario patológico. Y, como se ha repetido, se observan hasta en uno de cada ocho adultos mayores infectados, en pacientes inmunosuprimidos y en personas obesas con diabetes o hipertensión.
- 4 ¿Por qué los niños y los jóvenes parecen estar a salvo de complicarse tan gravemente? Como inmunólogo se me ocurren dos hipótesis: a) El sistema inmune joven es más eficiente para canalizar la respuesta inflamatoria hacia la formación de anticuerpos neutralizantes; es decir, no requiere el concurso de una pléyade de leucocitos para crear una señal útil y oportuna contra la infección y por eso no progresa a una “tormenta de citocinas” como la que vemos en los organismos viejos o debilitados. b) También es posible que la afinidad del virus por los receptores ACE-2 en niños sea menor; ya sea porque abundan menos en su árbol respiratorio o porque no se fijan con tanta afinidad. Esto no lo sabemos, pero vale la pena investigarlo para buscar alternativas terapéuticas.
- 5 Lo cierto es que los niños, jóvenes y personas sin síntomas son quienes más propagan la enfermedad. Simplemente porque no saben que están contagiados y se trasladan como si nada a todas partes. Un estudio en China (publicado en *Science online* hace tres semanas) lo demuestra inequívocamente. Si cada contagiado infecta tres personas como mínimo ($R=3.0$), ¡imaginen la dispersión que tiene este maldito virus!
- 6 El diagnóstico confiable se hace mediante una prueba que reproduce una secuencia genética del Sars-CoV-2 por reacción de polimerasa en cadena en tiempo real (RT-PCR). Este es un método complejo porque hay que combinar el material genético extraído de sangre de la persona infectada con la del virus en el laboratorio, lo cual requiere experiencia y tiempo. Las pruebas rápidas de anticuerpos son útiles, pero solamente cuando la persona infectada ya ha formado anticuerpos específicos contra el virus, lo que tarda de siete a diez días después del contagio. Como pueden suponer, para entonces la prueba ya no ayuda mucho, sobre todo si el paciente se ha agravado. Precisamente por eso, tienen un buen margen de error si no se hacen durante la ventana clínica apropiada.
- 7 Los síntomas cardinales son tos irritativa (al paso del virus causando inflamación de las mucosas), fiebre (respuesta de alarma de nuestros glóbulos blancos) y fatiga (efecto de la batalla enérgica contra la

Las calles desiertas

Quienes crecimos en la ciudad —ratas de asfalto solíamos decir— guardamos recuerdos peculiares de la vida de barrio. Hasta que, compelidas por migraciones de carestía, que las obligaron a asumir dimensiones metahumanas (es decir, indignas para transitar y morar), las ciudades latinoamericanas dejaron de ser nuestras. Antes de esa catástrofe de sobrepoblación, combinaban su sabor regional con beneficios culturales, sociales e incluso estéticos. Pensemos en São Paulo, Buenos Aires, Río, Santiago, Lima y, por supuesto, las megalópolis de México.

Aquí nos alcanzaron la masificación y la pobreza, auspiciadas por dirigentes corruptos que saquearon al país y sus riquezas naturales mediante una avaricia sin proporciones. Año tras año, sexenio tras sexenio de desfalco y enriquecimiento ilícito a expensas de una población cada vez más aislada y desesperanzada. Si algo tiene nuestro pueblo, es una capacidad de tolerancia inusitada.

Para quienes aún lo dudan, los movimientos de masas se transformaron hace tres décadas en hordas de narcotraficantes que surgieron de la violencia y la depauperación recurrentes. Ya no más guerrilla urbana o brotes de inspiración leninista en las montañas; la malsana autocracia prohió esta suerte de revolución popular que creó sus propios líderes, abyectos y asesinos, pero al fin y al cabo surgidos de la miseria y el fracaso. Nadie podría condonar tal escalada de terror y de crimen, pero tenemos que admitir que las mafias son engendradas a partir de la podredumbre de las sociedades industriales y la voracidad desmedida de unos cuantos que reparten gratuidades a cambio de sumisión y lealtad. Sean estos parte del gobierno o del proletariado.

Hoy es pertinente preguntarse cuántos gobernantes se vendieron a cambio de preservar sus privilegios a lo largo de la historia contemporánea de esta patria vilipendiada y sujeta a tantos vaivenes económicos.

La pandemia del covid-19 nos dejará yermos, maltrechos y preguntándonos quién puede guiar este barco horadado a un puerto próximo, aunque no resulte buen puerto del todo. Porque además de quitarnos el trabajo y la libertad, nos han arrebatado el presente y el futuro.

Mis conciudadanos hacen lo posible por subsistir en estas avenidas que ahora muestran un tráfico deseable, aunque sea forzado y presuntamente temporal. La mayoría porta cubrebocas hechizos, descubriendo la nariz o la cara cuando les molestan, amparados por una convicción casi mágica de resguardo ante lo invisible. Algunos se dejan arrojar un chorrito minúsculo de gel en ambas manos al entrar en un comercio y miran con suspicacia en su derredor para adivinar quien tiene aspecto de enfermo amenazante. Cómo es obvio, todos vivimos expuestos y nadie atina a descifrar la tasa de letalidad que sufriremos llegado el verano.

Con cierta desconfianza, escuchamos cada noche las cifras oficiales preguntándonos desde nuestro aislamiento cuántos muertos, cuántos fantasmas de verdad deambulan por este territorio atemorizado. Sabemos que los países asiáticos que frenaron la marejada (“aplanaron la curva”, se dice, con petulancia), lo lograron gracias a su disciplina milenaria, a rastrear todos los casos posibles y a respetar la distancia y las restricciones con un sentido colectivista del que carecemos en Latinoamérica. Contrario a lo que pasa en Japón, Corea del Sur o Singapur, de este lado del mundo prevalece la consigna: “cada quien para su santo”. Y eso hoy nos puede matar.

Esta semana he aprendido que los medicamentos siguen siendo solo parcialmente eficaces para curar la infección viral y, si esto se logra en enfermos graves, es merced al esfuerzo constante de médicos y enfermeras en la primera trinchera de batalla. Cada vez reconocemos más contagios en ese heroico personal de salud. Todos los demás vivimos en la inopia y quizá deambulamos repartiendo bichos como sujetos asintomáticos.

Por cierto, un estudio multicéntrico en diversos hospitales de París y Créteil publicado esta semana en línea demuestra que la hidroxiclороquina no sirve para frenar los desenlaces graves. El ensayo clínico fue evaluado en 181 pacientes con covid-19 sin encontrar beneficio alguno (27.4 por ciento con medicamento y 24.1 por ciento sin hidroxiclороquina desarrollaron ARDS y tuvieron que ser intubados, con una mortalidad comparable). Ahí se quedan las fanfarrias. En todo caso el Remdesivir de Gilead parece estar dando los mejores resultados en pruebas clínicas y la bolsa de valores de Nueva York (concretamente el índice Dow Jones) ya respondió con un alza de 700 puntos en la cotización de futuros. A veces pienso que no tenemos remedio como especie.

El odio es una plaga que se expande

Asomado hacia la única ventana de su cuartucho, Enrique observa la calle bajo el chisporroteo de otra lluvia sucia. De su mano cuelga una cerveza a medio consumir. Viste con andrajos y la camiseta manchada de grasa denota su descuido. El talante, de suyo explosivo, se ha agriado tras cinco semanas de encierro y falta de trabajo. La vulcanizadora donde ayuda cerró en cuanto se estableció esa despreciable “sana distancia” que lo único que ha traído es hambre y desazón. Su mujer, Belinda, trata de serenar a los chicos con caricaturas desde su teléfono celular, pero está a punto de acabarse el crédito y no hay distracción o creatividad que alcance para tanto aburrimiento.

La comadre le trajo arroz y dos pechugas que ha estado racionando, y se ha cansado de pedirle a Enrique que se contrate en algo, cualquier oficio, que aporte un poco de dinero, porque así no podrán sobrevivir. Para colmo, los niños muestran rasgos de fatiga y hartazgo, como si todos en la casa se estuviesen deprimiendo. Se acerca el fin de mes y, por supuesto, no queda un centavo para pagar la renta.

Al fondo de la calle mal asfaltada, Enrique avista a la enfermera. Da un sorbo largo a su cerveza y escupe el contenido hacia la acera. Ha tomado una decisión: nadie va a contaminar su barrio.

Esa noche duerme inquieto, tras haber “usado” a su mujer pese a los berridos del más pequeño, aterrorizado por los truenos y sin dormir en la habitación contigua. Aun satisfecho sexualmente, el hombre no puede descansar, lo asedia el resentimiento que acumula ante la falta de empleo, de televisión (que empeñaron hace un mes), de agua limpia o de alcohol “del bueno”.

—Pura pinche cerveza que me fía el vecino a precio de oro —medita con encono—. Ni siquiera para apendejarse tantito y olvidar esta desgracia.

En medio de esas cavilaciones, se filtra la primera luz por el techo de asbesto acanalado. El gañán se despereza, se unta como puede el cabello mal cortado y se pone una camisa limpia para visitar a sus camaradas de la infancia. Urdir un plan para vengarse del gobierno, de su pobreza y de los que envenenan su entorno, se ha convertido en la misión inmediata.

Camina con determinación, escupiendo de tanto en cuanto, como un perro que marca su territorio a cada paso. Cuando llega al taller, descifra el tufo a mezcal y gasolina que lo caracterizan. Golpea a puños el portón de lámina, hasta que este se estremece. Le abre, aún beodo, su compinche Marcial, que funge de velador, aunque nadie se va a robar los trastos viejos que abundan en esa pocilga.

—¿Quiubo, cabrón? —le dice con sorna al reconocerlo—. ¿Qué milagro?

—Vengo a pedirles ayuda, güey. Hazte a un lado.

Con un empuellón, se adentra en el taller y abre la covacha del encargado, que aún ronca sobre dos tablones.

—Don Chuy, don Chuy —le susurra para despertarlo.

El hombre gordo, desgredado e impregnado de pintura, se levanta de un salto y embiste al intruso como un toro. Ambos caen entre latas de aceite y trapos viejos, bufando y alternando insultos.

—¡¿Qué chingaos te pasa, Quique?! —exclama entre gruñidos—. ¡Otra d'esas y te mato, pendejo!

—Perdóneme, patrón. No lo quise asustar.

—Pues eso mero hiciste, güey. ¿Qué traes?

—Nada, don Chuy, vengo a proponerle un negocio —dice él, limpiándose la ropa recién empolvada.

—¿Tú, negocio? —se ríe el bruto, quien se ha repuesto y se acerca una torta a medio comer—. Ora sí que sigo soñando.

Asumiendo un aire de conspirador, Enrique le relata su plan para secuestrar a dos trabajadores de la salud y pedir rescate. Sabe donde queda la clínica y está enterado de que el sindicato se ha apropiado de los insumos que trajo el gobierno desde China, por delación de una amiga de su esposa.

—Matamos dos pájaros de un tiro, jefe. ¿Cómo ve? —pregunta, dándole un codazo.

—¿Tú y cuántos más, pinche naco? ¿A poco crees que te van a dejar pasar como si fueras a un baile?

—Acá no hay guardia nacional, don Chuy. Ya me di la vuelta. Solo cuida un chamaco que ni arma carga.

Amores errantes

Se dejó atrapar en ese matrimonio por conveniencia. Las familias árabes habían acordado años atrás —cuando nació Laila— que su dote iría a parar a la familia Haddad, siempre y cuando los negocios de telas pudieran fusionarse. Su dios misericordioso haría lo demás.

Eran druzos de las montañas de Líbano desplazados por la Guerra Civil. El padre aún recuerda durante las cenas de Navidad cómo atravesaron en silencio y abatidos la plaza de los Mártires en Beirut, totalmente derruida, camino al nuevo mundo. Escogieron América Latina por azar, confiando en que la población sirio-libanesa de aquellas latitudes los acogiera, lejos de la devastación y la barbarie que dejaban atrás.

Ahí, en la diversidad y aglomeración de las ciudades novohispanas nacieron los tres varones: Farid, Anuar y Sergio, que la madre quiso bautizar con un nombre autóctono en honor al casero que los acogió a su llegada y les perdonó la renta por un año.

Los dos mayores aprendieron el negocio de los padrinos y, además, como buenos emprendedores, formaron una cadena de restaurantes libaneses en su país adoptivo. Sergio en cambio, idealista y romántico como su madre, decidió estudiar medicina.

Vivían entonces en un edificio de cinco departamentos por piso, donde se horneaban pastelillos para los restaurantes y se hacía el mejor jocoque del barrio. Sergio se enclaustraba por horas interminables, amparado del ruido hogareño, para estudiar sus exigentes materias. Era un muchacho de cara ovalada, ojos tibios y acuosos, imberbe, de mirada lánguida y algo taciturno, en contraste con su familia, que destacaba por escandalosa y sociable. La existencia empezó a sonreírles en la medida que los pequeños negocios prosperaban. Farid resultó un buen administrador y enviaba remesas a sus padres para sostener su incipiente vejez y cumplir el deseo de la matriarca de tener un hijo doctor, como su propio padre,